

REVELACIONES:  
**HECTOR INCHAUSTEGUI  
ENTRE LOS ESPAÑOLES**

Por Manuel Mora Serrano.

Héctor Incháustegui Cabral es poeta muy estudiado en su país y fuera; en la Universidad Católica Madre y Maestra se difundió en ocasión de la inauguración de la Sala que lleva sus apellidos y que lo honra a él y a su hermano, el historiador Joaquín, una bibliografía y noté que las fichas de dos escritores españoles no aparecían.

Me parece oportuno pues, darlas, y realizar algún pequeño comentario: En su Diccionario de la Literatura, F.C. Sainz de Robles, Aguilar, 1973, II tomo, página 586 dice así:

“Incháustegui Cabral, Héctor. Poeta. Nació en Baní (Santo Domingo) el 25 de julio de 1912. Actualmente es embajador de la República Dominicana en México. Con su obra lleva a la poesía un bonito sentido humano. Siente una fuerte inclinación estática hacia lo permanente, de la que surge su inclinación por los temas sociales. Su voz interior, como en Whitman, es la voz consciente de la Naturaleza”.

“Ha publicado Poemas de una Sola Angustia —1939— Rumbo a la otra Vigilia —1940.

“En soledad de amor herido —1943— De Vida Temporal —1944— Canciones para matar un recuerdo —1944— Soplo que se va y que no vuelve —1946—. Versos —1940— 1950, publicado en México, libro que recoge toda su producción anterior.

“Afirma el magnífico crítico Valldeperes que Héctor presenta “su sobresaliente personalidad desde dos aspectos característicos: el fondo y la forma. De retorno, en el primero; moderno en el segundo. En el fondo, Incháustegui Cabral retorna al campo fértil de los clásicos; la vida. En la forma es originalísimo. Su verso es libre y responde rítmicamente, a sus propias exigencias biológicas”.

“Valldeperes afirma que leyendo “los versos de recia estructura de Incháustegui Cabral se hallan respuesta a numerosas interrogantes enigmáticas, y que con él vuelve a la luz la “inquietante” pregunta de Paúl Bourget, anunciándonos el caos: “¿Quién nos devolverá la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha?””.

“Porque según Valldeperes —dice Saínez de Robles—, Incháustegui responde que “serán los jóvenes los que han vuelto a la vida y extraen de ella el alma de las cosas; los que despertaron del éxtasis contemplativo y regresaron a la verdad, después de haber repudiado la metáfora y la hipérbole; los que rinden culto a la belleza sin olvidar el espíritu; los que buscan la imagen al través de las sentencias y sienten la pasión humana sin ser apasionados”.

“Valldeperes significa que la voz interior de Héctor, “como en Walt Whitman ayer, como en Eliot hoy, es la voz consciente de la Naturaleza, la palabra que surge bajo el influjo de las más íntimas realidades”.

Luego apunta que en la poesía de Incháustegui existen “nobles atisbos” de entorno que con el surrealismo y que “huye de lo empírico con igual serenidad que se aparta de lo metafísico, porque lo que busca con ahinco es la emoción del verso, en su forma expresiva directa, y la integridad espiritual y emocional de las realidades de cada día, como símbolo de efectividades humanas y como exponente vivo de la más auténtica racionalidad”.

En otras palabras, Saínez cita a don Manuel y se apoya en sus juicios a lo largo de toda la ficha, lo que nos hace sospechar que no había leído al poeta y nos preguntamos, y eso, ¿por qué? ¿Por falta de difusión?

Nos asombra y aterra esa expresión de mal gusto de Saínez cuando dice al principio: “lleva a la poesía un bonito sentido humano”. A parte de que bonito es adjetivo ramplón, lo “bonito” es lo que estaría más lejos de Héctor y de su obra y de su poesía, es muy posible que nunca usara el adjetivo ése.

El otro juicio es más breve y conciso, lo dan Emiliano Diez—Echarri y José María Roca Franquesa en su Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana, Aguilar, 1972, página 1337: “Héctor Incháustegui Cabral (n. 1912). Voz de ancho aliento que gusta de emplearse en temas de carácter social —la mujer caída, la tierra, el

trabajo—, a los que pretende llevar su espíritu de justicia y su amor a los humildes”.

Es una nota escueta, pero que da una visión integral de la obra de Héctor. Nos quedamos sí, buscando algo más, otros datos y detalles es lástima de lástimas que no se nos contemple con la detenida mirada que nuestra poesía precisa por su calidad; con decirles que en este voluminoso libro de 1590 páginas, en la Sección Antillas, y en lo que se refiere a la Poesía Modernista hasta nuestros días, a Santo Domingo se le dedica media página completa o algo más; si bien más que a Cuba y menos que a Puerto Rico.

Los dominicanos citados junto con Incháustegui son Moreno Jimenes, los Vedrinistas y los Postumistas sin ficha, y para ser prolijos a Vigil Díaz, Zacarías Espinal, Zorrilla, Avelino, Brenes, Llanes, Rafael Américo Henríquez, Pedro Troncoso Sánchez y Ulises Domínguez (como Postumistas estos últimos, menos Espinal que aparece como vedrinista); luego hay fichas de Henríquez, Hernández Franco, Manuel del Cabral, Mises Burgos, Antonio Fernández Spencer, Freddy Gatón Arce y termina con don Héctor.

Va llegando la hora de hacer una auténtica y completa historia de la literatura dominicana y una antología total de nuestra poesía de máxima calidad que puedan viajar por el mundo con una selección de todo lo mucho bueno que hemos producido. Que es, sin pasión alguna, al hacer comparaciones con otras más difundidas y antologadas, muy, pero muy superior en profundidad humana y en altura expresiva; ojalá el Estado Dominicano que es el gran depositario de la Gloria Nacional así lo comprendiera y algún gobierno se recordase de ello y llamase a concurso con tal fin o dispusiera de fondos nombrando a calificados literatos para ese alto e ineludible menester.

Mientras tanto, el nombre de Héctor y de su obra, están en los textos internacionales con gallardía y eso nos alegra y honra a todos.